

CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

<i>El dolor</i>	3	
<i>Xavier Tilliette</i>	5	Sentido y falta de sentido del dolor
<i>Gerardo Söding</i>	13	Jesús y los enfermos
<i>Mons. Juan C. Maccarone</i>	29	Fin del milenio: el sufrimiento. Advertencia y reclamo en Juan Pablo II
<i>Alberto Espezel</i>	39	Filiación y expiación
<i>Marie-France Begué</i>	51	Dolor y perdón: aportes para una poética del perdón
<i>Carlos Velasco Suárez</i>	58	Vacío y drogadicción
<i>Gustavo G. De Simone</i>	69	Reflexiones a partir de un equipo de cuidados paliativos
<i>Luis Baliña</i>	75	Acompañando a nuestros padres que envejecen
<i>Olegario González de Cardedal</i>	79	Soledad, esperanza, oración

Vacío y Drogadicción

El problema de la droga y un dolor específico de la cultura contemporánea

por Carlos Velasco Suárez*

Introducción

El recurso a la droga y la conciencia de su peligro es algo tan viejo como la humanidad¹. Pero las características, la extensión, la penetración y la destructividad en escala planetaria del problema de la droga lo han transformado hoy en una de las manifestaciones negativas más importantes del proceso histórico de la cultura contemporánea.

Me voy a referir a uno de los condicionantes culturales, a mi juicio decisivo, del problema de la droga en el mundo actual. Me refiero al establecimiento, primero progresivo y finalmente vertiginoso, de un pavoroso *vacío* en el seno de la cultura de la modernidad^{1bis}. Se trata de un vacío de corazón, de un vacío de humanidad, de un vacío de sentido. Se trata de un vacío de aquello que hace hombre al hombre y puede colmar, en medio de las inevitables vicisitudes y desgarramientos de esta vida, su anhelo de plenitud, de felicidad y de paz. Se trata, en suma, de un vacío espiritual provocado por el apartamiento, igualmente progresivo y luego vertiginoso, del hombre de Dios y, por lo tanto, de su propia humanidad.

Joseph Ratzinger señala con acierto que la obsesión por la droga en el mundo contemporáneo constituye una señal indicadora que merece ser profundizada. No sólo nos revela un vacío, que la sociedad actual con sus medios no puede remediar, sino que *reclama la atención sobre una exigencia interior del ser hu-*

*Doctor en Medicina. Profesor Titular de Psiquiatría en la UCA. Presidente de la Fundación La Justicia para la Salud Mental.

¹ Diego Rey, "Historia de las Drogas", en *Temas de drogadependencia*. Lab. Casasco, sin fecha, pág. 19.

^{1bis} Idem.

mano que, al no encontrar respuesta justa, se hace valer en forma perversa². Esta clave interpretativa se vuelve manifiesta a poco que examinemos muchas manifestaciones del diario vivir y alcanzó hace algunos años expresión explícita en los escritos de algunos "antipsiquiatras", en especial Ronald Laing.

Vivimos un mundo secular —dice Laing— que ha abdicado del éxtasis. Un velo, que es como una espesa muralla de concreto, nos separa de esa realidad divina por la que desfallecemos. *Deus absconditus*. Pero más bien somos nosotros quienes lo hemos escondido. Comprometida hasta el extremo en el dominio del mundo externo, nuestra sociedad se halla en un estado de hambre y tinieblas respecto a esa luz interior y sagrada. Laing cita la profecía de Amós en la que se habla de que vendrá un tiempo en que habrá un hambre en la tierra "no un hambre de pan, ni una sed de agua, sino de *escuchar* la palabra del Señor". Ese tiempo ha llegado, dice Laing, en nuestro tiempo presente³.

Como vemos, hasta aquí el diagnóstico puede ser acertado, pero lo que resulta revelador es que Laing proponga a la experiencia psicodélica y a la psicótica como salvación. El ego exterior debe disolverse para morir y luego renacer, a través de una experiencia de "iniciación", calificada como "viaje" de ida y retorno, en el que "ex pacientes ayudan a futuros pacientes a volverse locos"⁴. La existencia psicodélica y la psicótica aparecen confundidas con la salud y con la verdadera experiencia religiosa⁵. Se confirma así el aserto de Ratzinger: una exigencia interior decisiva del ser humano, largamente reprimida, se hace valer en forma perversa.

Modernidad, postmodernidad⁶ y surgimiento del vacío

Decíamos en 1977 al referirnos a la crisis de la modernidad:

² Joseph Ratzinger, "El problema de la droga", en *Iglesia y modernidad*. E. Paulinas, Buenos Aires, 1992, pág. 14-16.

³ Ronald Laing, *The politics of experience*, Penguin, Middlesex, 1971, pág. 119.

⁴ Ob. cit., p. 106.

⁵ Velasco Suárez, Carlos A., "El caso Laing y la antipsiquiatría", en *Psicología Médica*, 1974, 3, pág. 351.

⁶ Para ser más juiciosos convendría hablar de *modernidad iluminista*, ya que se puede demostrar que la modernidad, como realidad histórico-cultural no se agota en su versión iluminista, predominante en nuestra cultura en los últimos dos siglos.

“Los perfiles decisivos de un movimiento histórico, aquellos que mejor revelan su esencia, comienzan a vislumbrarse con nitidez cuando este movimiento se aproxima al fin de su ciclo temporal. La mirada puede abarcar entonces la parábola completa de su singular trayectoria. La cultura de la modernidad ha cumplido este ciclo e ingresado en esa zona ulterior y limítrofe en que se juega el destino de lo que vendrá”⁷.

Desde entonces se ha hecho presente de manera casi obsesiva en nuestra cultura el tema de la *postmodernidad*. La multiplicidad, por momentos abrumadora, de enfoques y de concepciones no niega sino que confirma el común sentimiento de una crisis o de un fin de la modernidad. Uno de los autores que mejor define y resume, a mi juicio, esta situación es Georges Cottier:

“...el concepto de post-moderno es interior al de la modernidad, es su crítica inmanente, la conciencia de sus aporías y contradicciones; significa el agotamiento del impulso creador de lo nuevo del que eran portadores la idea del progreso y sus avatares. Condorcet habla de perfectibilidad indefinida; pero se trataba de una perfectibilidad que se comprendía en la horizontalidad del tiempo de la historia. La reflexión sobre tal temporalidad debía conducir necesariamente a la toma de conciencia del límite y de la finitud, porque el tiempo es a la vez el lugar de emergencia de lo nuevo y de la caducidad de aquello que existe en él. Una creatividad en el tiempo, quiero decir que no tiene raíces en aquello que trasciende el tiempo, debe necesariamente conocer el agotamiento y la usura. Lo post-moderno expresaría así el sentimiento de fatiga que se apodera de una gran aventura del espíritu que llevaba en sí, desde el comienzo, los gérmenes de su muerte. El impulso tropieza con su propia finitud, el porvenir está vacío”⁸ (Traducción del autor).

Uno de los perfiles decisivos de la modernidad ha sido sin duda esta autoafirmación orgullosa y triunfante del hombre y de su razón, este convencimiento de su capacidad de dominar los obstáculos, desentrañar todos los misterios y alcanzar por sí mismo la felicidad para la humanidad entera a través de un proceso de progreso y perfeccionamiento indefinidos (más tarde a través de un acto revolucionario, de un “gran parto de la historia”). Kant formuló con claridad la esencia de este ideal de la modernidad iluminista:

⁷ Velasco Suárez, Carlos A., “La crisis de la modernidad”. *Revista de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires*, año 1, N° 2, 1977, pág. 13.

⁸ George Cottier, O. P., “Post-moderne et post-chretien”. *Nova et Vétéra*, 1986, 4, pág. 184.

“*¡Sapere aude! ¡Ten el valor de servirte de tu propia razón!*: he aquí el lema de la ilustración”.

“*La ilustración —decía momentos antes— es la liberación del hombre de su culpable incapacidad*”. ¿Y cuál esta incapacidad culpable?: “*la imposibilidad de servirse de su inteligencia sin la guía de otro*”⁹.

Como vemos, ésta no es una declaración de mayoría de edad, sino un programa de autosuficiencia que necesariamente desembocará en el inmanentismo, en el ateísmo explícito o vivido, en el nihilismo y en la voluntad de poderío.

En las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial dos talentosos intelectuales judíos alemanes —Mark Horkheimer y Theodor Adorno—, testigos estremecidos de la sinrazón y del holocausto, se interrogaron dolorosamente y encontraron, en el comienzo de su obra ya clásica, una formulación cristalina del final del proceso de la modernidad:

*“El iluminismo, en el sentido más amplio de pensamiento en continuo progreso, ha perseguido siempre el objetivo de quitar el miedo a los hombres y de transformarlos en amos. Pero la tierra enteramente iluminada resplandece bajo el signo de una triunfal desventura”*¹⁰.

Las guerras mundiales, los universos concentracionarios nazis y marxistas —descritos estos últimos con aterradora fidelidad a los hechos por ese gran testigo de nuestro tiempo que es Alexander Solzhenitsin— la amenaza nuclear, la destrucción de la naturaleza, la injusticia triunfante dentro y entre los pueblos, la hipocresía y la traición transformadas en normas de convivencia, la chatura gris que invade irremediable, como el “smog” ciudadano, todos los ambientes, embotando la alegría de vivir, son, entre tantos otros, los frutos amargos de un olvido esencial. En todo el mundo, y también en nuestra patria, la crisis de la modernidad reclama una conversión de corazón, basada en el reconocimiento de que ningún orden humano puede sostenerse sin la aceptación de otro orden trascendente, que lo supere y fundamente.

La tragedia de la modernidad reside en el nudo dialéctico formulado al comienzo de estas consideraciones: *el apartamien-*

⁹ Emmanuel Kant, “¿Qué es la Ilustración?”, *Filosofía de la Historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1985, pág. 25.

¹⁰ Mark Horkheimer y Theodor Adorno, “Dialéctica del Iluminismo”, *Sur*, Buenos Aires, 1971, pág. 15.

to de los hombres de la relación viviente con Dios acarrea, inexorablemente, el apartamiento de los hombres de su propia humanidad. Y ello genera, a su vez, ese irremediable vacío que encontramos en la raíz del problema contemporáneo de la droga.

Deshumanización y despersonalización

El apartamiento de los hombres de su propia humanidad puede ser estudiado en la cultura contemporánea como *proceso de despersonalización*, precisamente por ser la persona lo que define al hombre como tal, lo que le confiere su sentido y su dignidad. El proceso de despersonalización en la cultura contemporánea se manifiesta principalmente a través de dos síntomas cardinales, claramente ligados: *la huida de la responsabilidad y la huida de la intimidad*. Me he ocupado en otro lugar¹¹, de estas dos características distintivas del proceso de despersonalización contemporáneo que se configura a través de ellas como “universo de la huida” (Max Picard)¹². Pero la huida, como recordé entonces, constituye por su misma naturaleza un testimonio irrefutable de la realidad de aquello de lo que se huye. El proceso de despersonalización termina por revelar en su despliegue la realidad inquebrantable de lo que quería negar con su huida: su propia humanidad en cuanto persona (intimidad y responsabilidad); Dios, presente en el corazón de esta experiencia personal como su origen y su fundamento.

Despersonalización y patología social

El debilitamiento de la vida personal es debilitamiento de la vida social, pues toda sociedad es sociedad de personas. Por ser persona el hombre trasciende el conjunto de las relaciones sociales y, al mismo tiempo, las origina y fortalece. Cuanto más rica y diferenciada sea la vida de las personas, más rica y floreciente será la vida de las sociedades a las que pertenecen. Ante nuestros ojos se despliega la antítesis de esta situación.

La consecuencia es la proliferación, siempre en aumento, de una afligente patología social. La tasa creciente de drogadic-

¹¹ Velasco Suárez, Carlos A., “La huida de la responsabilidad”, “La huida de la intimidad”, *La Nación*, Buenos Aires, 6, 6 y 15, 7, 1989.

¹² Max Picard, *La huida de Dios*, Guadarrama, Madrid 1962.

ción, de criminalidad de perversiones, de abusos sexuales, de aborto, de suicidio, de destrucción de la familia, constituyen, entre otros, un índice palpable y elocuente de este estado de cosas. Ya James Halliday había demostrado para el Reino Unido, sobre la base de firmes estadísticas, lo que denominó el “entrecruzamiento significativo” de los índices de salud física y de salud psicosocial. Mientras que los primeros disminuían de manera notable (la expectativa de vida se duplica, la mortalidad infantil decrece, las enfermedades infecciosas son controladas), los segundos aumentaban de manera no menos espectacular (suicidios, abortos, esterilidad, enfermedades psicosomáticas)¹³. Los hechos muestran de manera elocuente que, en las sociedades más “desarrolladas” el bienestar no coincide necesariamente con la felicidad. Las sociedades como la nuestra (“en vías de desarrollo”) deben mirarse en el espejo de estas sociedades “desarrolladas” y comprobar si reconocen en él el rostro de sus verdaderas aspiraciones. Frente a la huida de la responsabilidad debemos recordar que somos moralmente responsables de nuestro desarrollo personal y de nuestro desarrollo colectivo¹⁴.

El vacío de sentido y el recurso a la droga

Como venimos insistiendo, el vacío acompaña al proceso de despersonalización (deshumanización) como la sombra al cuerpo. *Viktor Frankl* ha tenido el mérito de insistir, a lo largo de toda su obra sobre la decisiva importancia en la patología psiquiátrica de nuestro tiempo del “sentimiento de falta de sentido” (*Sinnlosigkeitsgefühl*) y del paralelo sentimiento de vacío o “complejo de vacuidad”:

“El paciente típico de nuestros días (...) sufre bajo un abismal complejo de falta de sentido, acompañado de un sentimiento de vacío, razón por la que me inclino a hablar de vacío existencial”¹⁵.

Frankl menciona una estadística realizada sobre 60 estudiantes de la Idaho State University que habían cometido un intento de suicidio. De ella se desprendía que el 85 por ciento de los encuestados ya no veían ningún sentido en sus vidas. Lo más llamativo es que el 93 por ciento aparentemente gozaba de excelente salud física y psíquica y tenía situaciones económicas, de

¹³ James L. Halliday, *Medicina Psicosocial*, Eudeba, Buenos Aires, 1961.

¹⁴ S.S. Pablo VI, *Carta Encíclica “Populorum Progreso”*, 15.

¹⁵ Viktor E. Frankl, *Ante el vacío existencial*, Herder, Barcelona, 1982, pág. 9.

familia de vida social y estudios, también aparentemente satisfactorias. Frankl menciona igualmente un informe del American Council of Education según el cual entre 189.733 estudiantes de 360 universidades, el interés primordial del 73.7 por ciento consistía en “conseguir una concepción del mundo a partir de la cual la vida tuviera sentido” y otro, del National Institute of Mental Health, en el que, entre 7.948 estudiantes de 48 colegios mayores, el grupo principal (78 por ciento) quería “encontrar un sentido en sus vidas”¹⁶.

Respecto a la drogadicción Frankl resume su pensamiento de esta manera:

“Cuando falta un sentido de la vida, cuyo cumplimiento hubiera hecho feliz a una persona, ésta intenta conseguir el sentimiento de felicidad *mediante un rodeo*, que pasa por la química”¹⁷.

De acuerdo a Stanley Krippner, un discípulo de Frankl, el complejo de vacuidad aparece en el cien por ciento de los drogadictos y Betty Padelford, otra discípula de Frankl, demuestra, siguiendo a Shean y Fechtman, que en los drogadictos la frustración existencial es más de dos veces mayor que en el grupo de comparación¹⁸.

Mucho antes que Frankl (1952), y con mayor profundidad de análisis, V. E. Von Gebattel, había puesto de manifiesto la dialéctica del vacío en el corazón de los fenómenos de adicción. Von Gebattel ve la adicción como un problema psicopatológico que no es privativo de las toxicomanías, sino que se extiende a una amplia gama de actividades humanas. Utiliza para referirse a él el término alemán *Schut* (manía, pasión enfermiza), que, en las versiones españolas, es traducido en general como vicio:

“Siempre me encuentro con mi concepto ya antiguo de que el vicio hay que entenderlo como el escaparse ante un vacío interior insostenible, por lo que en lo vicioso se da un contenido que semeja la realización o la plenitud de sí mismo, y habría que preguntar-

¹⁶ Op. cit., pág. 15.

¹⁷ Op. cit., pág. 19.

¹⁸ Frankl comenzó hablando de “la presencia ignorada de Dios”. Luego, en ediciones sucesivas de su obra creyó necesario corregir su punto de vista: como psicoterapeuta prefiere hablar de *la fe en un sentido* y no de *la fe en Dios*, que deja al cuidado del sacerdote o del teólogo. Habría mucho que considerar acerca de este giro, que no es sólo metodológico, de nuestro autor y que parece orillar por momentos la caída en un punto de vista inmanentista. La apelación explícita a Kant nos orienta en esta dirección: “En una palabra, la fe del hombre en el sentido es, en términos kantianos, una categoría trascendental”. (Op. cit., pág. 93).

se por el sentido de este vacío y la reacción especial ante él. Entre este vacío y la nada parece haber alguna relación”¹⁹.

Teniendo presente a Kierkegaard, Von Gebattel se refiere a obras artístico-espirituales de gran valor y llenas de sentido que han sido precedidas por estados de vacío insoportables en su creador. “En estos casos —comenta—, la creación es la forma de erupción de capas más profundas de la personalidad, cuya falta de comunicabilidad se experimenta como vacío”²⁰. Puede, a partir de esta observación, entrar en el análisis psicopatológico del vacío en los casos de adicción:

“Si al hombre, su estar aislado con respecto a su propia profundidad y altura, le lleva a una situación de vacío y a dejar la dirección personal en manos de las tendencias periféricas, las cuales alcanzan de manera más fácil y más rápida sus objetos, ya con esto entra en el camino que conduce al vicio. Porque el objetivo que en realidad prefiere y busca no se encuentra en lo periférico. La satisfacción que aquellas tendencias periféricas simulan es una ilusión, y en medio del placer o de la huida queda un resto de insatisfacción que obliga a la repetición del movimiento de escape, sin que nunca se alcance realmente la saciedad, la realización o la satisfacción. El vacío se perpetúa y se alcanza en aquello que debiera evitarlo y a su vez espera en la puerta de salida del aturdimiento, del embotamiento, del placer, a que llegue su víctima (...). Lo que se utiliza para disipar el vacío lo hace resurgir inalterado. Y la maniobra tiene que repetirse. Caído en el vicio, el hombre se queja fijo en el sitio, y esto al pie de la letra; se separa del tiempo vital inmanente, del elemento temporal de la personalidad y del llegar a ser. El vicio es contrario al impulso realizador del sí mismo personal y por ello lo suprime (...). El vacío, que impele a su víctima hacia el vicio, se diferencia de los estados de vacío con los que se suele encontrar el psiquiatra (...) en que es el resultado de un impulso defensivo y a la vez causa de tal defensa, o sea, que está encerrado en un movimiento circular estéril característico de los neuróticos”²¹.

Von Gebattel termina su análisis afirmando que detrás de todo vicio curable está la *desesperación*:

“Ciertamente la desesperación es una categoría religiosa. Su sentido es que el hombre no se acepta a sí mismo. Este sentido está enmascarado mientras que el hombre cree que puede y debe no

¹⁹ Viktor E. Von Gebattel, “Sobre la psicopatología del vicio”, en *Antropología Médica*, Madrid, Rialp, 1966, pág. 285.

²⁰ Op. cit., pág. 285.

²¹ Op. cit., pág. 285-286.

aceptarse. Pero sobre esta máscara hay casi siempre una segunda, y esto ya hace que el hombre no sepa que está desesperado”²².

La desesperación negada o inaccesible al individuo en el vicio está en la raíz del impulso hacia la destrucción del sí mismo. Si el hombre no quiere aceptarse a sí mismo esto significa que, aunque él es, no quiere ser. De allí la relación que encuentra Von Gebsattel entre el especial vacío del adicto y la nada:

“La nada bajo unos aspectos cualquiera (que naturalmente son ‘algo’ y que a la nada solamente la representan) atrae al que está injustificado en su existencia, le atrae como el precipicio en el que él, tal y como es él, sería, donde realmente estaría en sí mismo. Sin embargo, el precipicio aparece cerrado para él, y va a su encuentro. El movimiento en dirección al precipicio lo llamamos ímpetu destructor de sí mismo en el hombre”²³.

La experiencia de Alcohólicos Anónimos como paradigma

No es ajeno sino, por el contrario, confirmatorio de todo lo que venimos diciendo, el hecho de que lo que hasta ahora sigue siendo el paradigma de los “grupos de autoayuda” en materia de adicción, *Alcohólicos Anónimos (A.A.)* se base en una experiencia religiosa y apele a ella explícitamente como punto de partida indispensable del proceso de recuperación. El famoso “primer paso”, de los doce que definen el programa de recuperación de A.A., consiste, lisa y llanamente, en un acto de conversión en el que el adicto reconoce su impotencia, su incapacidad para gobernar por sí mismo su vida y liberarse de su esclavitud y acepta la necesidad de pedir ayuda a un “Poder superior”.

Bill W., el fundador de 1934, junto con el Dr. Robert Smith, de esta Asociación que cuenta en la actualidad con más de 30.000 capítulos en todo el mundo, describe en numerosas ocasiones su experiencia, pero lo hace con particular detalle en una comunicación que leyó en la reunión anual de la American Psychiatric Association en mayo de 1949, en Montreal. El punto de partida fue una sugerencia de Carl G. Jung a un alcohólico, a quien había tratado sin éxito durante un año, en el sentido de que buscara una conversión religiosa como última oportunidad

²² Op. cit., pág. 292.

²³ Op. cit., pág. 292-293.

de salvación. Este paciente alcohólico influyó a su vez en un amigo de Bill, también alcohólico incurable. Ambos participaban del Grupo Oxford, un movimiento evangelista no confesional. De allí surgieron un conjunto de prácticas que ayudaron a su recuperación. Estas prácticas son el núcleo de lo que más tarde sería el programa de A.A. El relato de su amigo impresionó profundamente a Bill.

Caído en un nuevo y gravísimo episodio de intoxicación alcohólica, Bill se debatía en sus dudas de seguir el consejo de su amigo. En diciembre de 1934 se internó en el hospital Towns de New York. Allí una vez desintoxicado, recibió la visita de su amigo y sobrevino, luego que éste lo hubiera dejado, la experiencia que omito por discreción en la mayoría de sus escritos, pero que refiere detalladamente en éste, dada la índole de la audiencia a la que se dirigía:

“Acostado allí en terrible conflicto caí en una negra depresión. Momentáneamente mi orgullosa obstinación estaba rota. Dije en voz alta: ‘Ahora estoy preparado para cualquier cosa, cualquier cosa con tal de recibir lo que mi amigo ha obtenido’. Sin esperar nada hice este desesperado pedido. ‘Si hay dios, ¿por qué no se muestra?’ El resultado fue instantáneo, eléctrico, indescriptible. La habitación se iluminó con una enceguecedora luz blanca. Caí en un éxtasis y me pareció estar en una montaña. Un gran viento soplaba envolviéndome y atravesándome. No era de aire, pero sí de Espíritu. Como un rayo me llegó el tremendo pensamiento: ‘Eres un hombre libre’. Luego la sensación de éxtasis se disipó. Aún en la cama me encontraba en otro mundo, consciente, iluminado por una Presencia. Sintíéndome unido al Universo, una gran paz me invadió y pensé: ‘De modo que éste es el Dios de los predicadores. Esta es la gran realidad’.”²⁴

Esta experiencia resultó decisiva, no sólo para la recuperación de Bill W., sino para el desarrollo de una obra vasta y admirable, que ha seguido creciendo a lo largo de todos estos años, extendiéndose por todo el mundo, derramando beneficios incontables sobre los pacientes, sus familias y la comunidad toda. Una frase de un artículo de la revista “Fortune” sobre A.A., resume con elocuencia la importancia de esta experiencia en relación con todo lo que venimos considerando sobre adicción, vacío y crisis de la modernidad:

²⁴ Bill W., “La Sociedad de Alcohólicos Anónimos”, relato presentado en la 101ª reunión de la Asociación Psiquiátrica Americana en Montreal, Quebec, mayo de 1949, en *Conceptos básicos sobre Alcohólicos Anónimos*, folleto editado por Alcohólicos Anónimos, Buenos Aires, 1959, pág. 17.

“Si A.A., triunfadora y americana, tuviera un santo y seña para evitar que cualquier miembro se descuide, éste sería la palabra ‘Fracaso’.”²⁵

En el corazón de la modernidad triunfadora y autosuficiente, en medio del culto idolátrico del éxito, que caracteriza una dimensión bien conocida de la sociedad estadounidense, aparece esta experiencia de la fecundidad de la aceptación del fracaso y de la propia impotencia, del pedido de ayuda “a un poder más grande que uno mismo” a quien se entrega el cuidado de la vida²⁶. Bill W. termina la alocución a los psiquiatras, que comentamos, de la siguiente manera:

“Estoy seguro que ninguno de los presentes en este gran ‘Hall’ de medicina lo tomará a mal si dejo la última palabra a nuestra gran Socia, la religión: Dios nos conceda la Serenidad para aceptar las cosas que no podemos cambiar, el Coraje para cambiar lo que podamos, y la Sabiduría para distinguir la diferencia”²⁷.

²⁵ “Un singular fenómeno”, versión castellana de un artículo aparecido en *Fortune Magazine*, en febrero de 1951, y editado por Alcohólicos Anónimos. Buenos Aires, 1959, pág. 5.

²⁶ Op. cit., pág. 9 y 10.

²⁷ Bill W., Op. cit., pág. 22.